



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

N.º 1261

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
ors.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Redacción y Administración, Mayor 24

JUEVES 21 DE ENERO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras u
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumma
16; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Vengan aguas

En la sesión celebrada ayer por el ayuntamiento y al terminar el despacho ordinario, el concejal señor Cáceres Alberola presentó a la mesa una instancia de varios propietarios, estimulando al municipio a adquirir las aguas necesarias para abastecer la población.

Propósitos son esos del alcalde, acariciados de mucho tiempo atrás, antes de serlo, y manifestados ostensiblemente apenas se posesionó de la alcaldía. Su viaje a la diputación aljorreña para ver unos copiosos manantiales y su visita recientemente hecha a los manantiales de San Juan responden a ese fin: traer aguas en cantidad bastante y aumentar, en tanto esto se logre el rendimiento, de las fuentes que surten en parte a la ciudad.

La instancia mencionada lleva unas cuantas firmas, mas nada importa el número si se reputa escaso. No lo es, no; si el documento se corriera de domicilio en domicilio, de taller en taller y de fábrica en fábrica, la totalidad de las firmas de los cartageneros quedarían contenidas en él.

En ese asunto principalísimo de la traida de aguas, que ha de ser solución de problemas importantes para la vitalidad de Cartagena, no puede haber mayoría y minoría, mejor dicho, no puede haber votos contrarios, si no unanimidad completa; por que a todos nos afecta la escasez de liquido cuando, por no ser abundante, nos la tasan al llegar el verano.

No es la primera vez que hablamos de este asunto. Casi siempre que hemos hablado del ensanche hemos dicho que para realizarlo se necesitan aguas. ¿No se traen éstas? Pues no se hará el ensanche.

Intentarlo sería desconocer la realidad.

El ensanche significa aumento de población, no solo en superficie si no en habitantes y son factores importantes de ese aumento las industrias. Estas se irán estableciendo, reclamando nuevo personal; éste reclamara a su vez aumento de viviendas; y así, respondiendo a las necesidades de la población en crecimiento, se irá ocupando con habitaciones lo que hoy es almargal, hasta que no quede solución ninguna entre la antigua población murada y los suburbios.

Pero ¿qué va a beber esa gente que habite los nuevos edificios? ¿Con qué agua van a alimentarse las nuevas industrias? De la que hoy tenemos no se podrán surtir, por que la mitad del año estamos a ración; y como no se concede la existencia sin agua, si no le traemos de antemano en cantidad bastante para asegurar el consumo a los que vengan, el ensanche de la población sera una fantasía y otra fantasía igual el aumento de industrias.

Si hay algunos—mucho lo dudamos—que crean que incurrimos en exageración, contesten a esto:

Si el agua que viene a Cartagena no supera a la que necesitan sus cuarenta mil habitantes ¿cómo podría vivir la ciudad si en vez de cuarenta tuviera ochenta mil?

Indudablemente hay que traer aguas. Es un asunto ese que se ha hecho ineludible.

TIJERETAZOS

La célebre estafadora Teresa Humbert que tanto ha hecho gozar a las prensas, trabajar a los jueces y aguzar el ingenio a la gente política, ha dejado a sus clientes un recuerdo en forma de sablazo.

Se trata de los gastos del proceso, que han ascendido a ciento treinta mil francos, de los que hay que bajar cuarenta mil que le fueron hallados a la Humbert cuando se la prendió.

Si esos noventa mil, del ala los tienen que pagar los estafados, más los valiera haber cerrado el pico, dejando que volara la Humbert con su familia y con su cofre-fort.

El sistema antiguo, la letra con sangre entra; aún lo usan algunos maestros extranjeros.

Uno de Berlín lo usaba con tal energía, que cuando encontraba un chico demasiado torpe le golpeaba la cabeza contra el muro hasta que se la abría.

El periódico que da la noticia no dice si después de abierta la cabeza del alumno le metía dentro la lección.

¡Qué bárbaro!

Nos referimos al maestro, no al periódico.

Dice un periódico que al recibir anteayer a los periodistas el Sr. Maura les dijo lo siguiente:

«Hoy es uno de los días en que nada tengo que contar a ustedes. La tranquilidad es completa en todas partes. No sucede nada; no pasa nada.»

Efectivamente; nada... mas que un motín por consumos en Valencia; otro motín más grave, con dimisión de ayuntamiento y quema de felatos, en Tarragona; un paro general en el Grao; otro paro general en Villagarcía; huelga de marineros en casi todos los puertos españoles; mítins, silbidos, muermas, pedradas...

Nada, nada; todo el país como balsa de aceite... hirviendo.

Si eso es nada ¿qué ocurrirá cuando pase algo?

MAQUINISTAS

El «Boletín Oficial» del Ministerio de Marina correspondiente al 15 del actual, publica la siguiente real orden:

Excmo. Sr: Para que los maquinistas desembarcados conserven en lo posible los conocimientos y práctica de su profesión, S. M. el Rey (q. D. g.) se ha servido disponer:

1.º Que los maquinistas mayores de primera y segunda clase desembarcados que no tengan destino reglamentario en tierra, se les asigne a las órdenes del jefe de trabajos del ramo de ingenieros que los distribuirá en atenciones que juzgue convenientes según sus actitudes y naturaleza de los tra-

abajos en curso de ejecución; dicho jefe, cuando los maquinistas a sus órdenes pasen a otro destino, emitirá su informe del concepto que le hayan merecido para tenerlo presente en sus informes.

2.º Los maquinistas de las demás clases, desembarcados, sin destino reglamentario, quedarán asignados a las órdenes inmediatas del jefe de la segunda sección del ramo de ingenieros el que los distribuirá en los talleres de maquinaria, montura de máquinas, forjas y calderería, según las actitudes y necesidades del trabajo. Dicho jefe cuidará de la puntual asistencia de los individuos al trabajo, a cuyo fin pasará parte diario de faltos al jefe del ramo, para los efectos que haya lugar.

SERPENTINAS

PRELUDIOS CARNAVALESCOS

Las serpentinas, que tanto éxito alcanzaron en años anteriores, como proyectil elegante, serán suprimidas en el próximo Carnaval, de orden de la autoridad competente.

Este pequeño asunto tiene no poco apasionados los ánimos de las gentes divertidas, que consideran esa prohibición como un pretexto para aguarles la fiesta de carnavales.

En efecto, ¿hay nada más bello que ese tiroteo de cintas de papel de diferentes colores entre las máscaras que van en carruaje y los que van a pie, ó de los que sin ser máscaras, sacan, como se suele decir, los pies del plato y disparan sus correspondientes serpentinas?

La prohibición no parece que ha de ser absoluta.

Por ahora, al menos, la limitación se refiere, únicamente, a los bailes y a los teatros, y ha empezado ya a tener efecto en los preludios del Carnaval.

Las autoridades temen incidentes desagradables y desgracias posibles en locales cerrados, donde una simple cerilla puede ser origen de tremendas catástrofes.

De modo que ya se sabe, en los teatros, incluso en el de la representación nacional, queda prohibido el uso de la serpentina. Y a propósito de representación nacional ¿quién duda que ciertas preguntas e interpelaciones, disparadas casi a quodlibet sobre los ministros, son verdaderas serpentinas parlamentarias?

Si el tal teatro, que otros llaman «templo» augusto de las leyes, se abre, como se dice, antes del Carnaval, tal vez, contrariando las disposiciones y los deseos de las autoridades competentes, acaso sea en el que se disparen mayor número de serpentinas oratorias, esas que se enredan entre los pies y el pescuazo de los hombres públicos y a veces los hacen caer, si no de bruces, en situaciones nada afortunadas y guárdalas, de sus respectivos pedestales, como desde el arroyo el celebrísimo don Tancredo.

No sólo las serpentinas constituyen el encanto de los que pasean en coche durante el Carnaval, también contribuyen a que algunas personas de infantería pasaran el rato, disparando de vez en cuando y con el mayor disimulo sus correspondientes rollos sobre los pescantes de su predilección, desarrollándose incidentes cómicos y grotescos que hacen desternillarse de risa a los circunstantes.

Pero no estamos ahora para risas ni bromas, y «hay que cumplir», que dijo el otro, y no dar pretexto ni lugar a los agentes de orden público a que se saquen los pinchos y arremetan contra las gentes pacíficas en aras del sacrosanto principio de autoridad.

Débase, sin embargo, confesar que las serpentinas daban cierto sabor modernista el Carnaval.

Nada más vistoso en calles no muy anchas que esos puentes de tirillas de papel multicolor que representaban una labor heroica entre la gente volcánica, digo balcónica de ambas bandas.

¿Y en los salones públicos? De palco a palco el aspecto no podía ser más agradable y fantástico pareciendo las serpentinas una lluvia de araña, tejida por hadas encantadas que se dejaban caer, que a veces daban en la gracia de dejar en el tuerto a algún espectador.

Nada más interesante que la combinación de serpentinas y confetti, con que las costumbres modernas, más staves y cultas que las antiguas, logran el objeto de divertir a costa del prójimo sin estropear la indumentaria.

Antiguamente, los que querían reírse del pacífico transeunte, se pasaban todo el año guardando cascarrones de huevo, que llenaban de ceniza, y en llegando el Carnaval, salían «los graciosos» a la palestra y emprendían tal tiroteo con los cascarrones que metía miedo.

com. Tarlesby pero se resignó a vivir tranquilo. Cuando su esposa estaba a su lado permanecía tranquilo; cuando se alejaba estaba como un niño del que se asusta su madre y busca veinte pretextos para hacerla volver. Cecilia y Burtell pasaban una parte de la noche en la galería ó en la habitación del enfermo. En esta era preciso leer ó trabajar y guardar un silencio absoluto para no fatigarle. En la galería se podía hablar en voz baja. Estas misteriosas conversaciones eran muy dulces para Burtell y quizá también para Cecilia.

En conversaciones de Cecilia y del joven se producía un fenómeno muy singular. En vez de ganar en atrevimiento y poder mas explícitamente hacer sus declaraciones de amor. Enrique parecía haber retrocedido. No había intentado continuar su primera conversación con Cecilia, en el punto en que la había interrumpido la noche de su llegada. Se hubiera dicho que empezaba un nuevo amor y que tomaba otro camino para llegar al corazón de Cecilia. Por su parte esta evitaba la ocasión de encontrarse sola con Burtell; pero cuando había otra persona delante permanecía junto a él. Mil pequeños indicios hubieran revelado a ojos menos perspicaces que los de Burtell que la joven participaba de su amor.

Sin embargo este dudaba todavía. A veces una con-

estadora esperanza pasaba por su corazón; pero a veces también una palabra, una frase, una respuesta de Cecilia desvanecía todas sus esperanzas. A pesar de todo era dichoso. No conservaba recuerdo de haber pasado en su vida días mejores que los que pasaba en Paltagbari.

«Si fueran mis casados no obraríamos de otro modo» se decía.

El mismo pensamiento saltaba también sin duda a Cecilia por que se ruborizaba y se apresuraba a romper el silencio. Esta conformidad de ideas parecía despertar sentimientos muy distintos en cada uno de los jóvenes. Burtell dirigía a Cecilia una mirada apasionada que irradiaba de amor y de dicha; Cecilia, por el contrario volvía la cabeza suspirando y sus ojos se llenaban de lágrimas.

A pesar de estos súbitos accesos de tristeza inesplicable Cecilia recobraba la salud con asombrosa rapidez.

Su tez se iba colorando, el círculo oscuro que rodeaba sus grandes ojos azules desaparecía y sus uerzas se reparaban. Al cabo de ocho días mistress Tarlesby se sentía capaz de dar muchas veces la vuelta alrededor del jardín que pocos días antes casi no hubiera podido recorrer en toda longitud.

En las mujeres, mas sensible que nosotros en el corazón y en los nervios las impresiones morales son mas poderosas y su efecto físicos tanto en bien como en mal se produce con mas fuerza y sobre todo con mas rapidez.

Un día Burtell y Cecilia hicieron una excursión a Cahowari donde se encuentran ruinas é idoles indio